

Crítica de libros

Hábitos alimentarios de los españoles

Cecilia Díaz Méndez (coord.)

(Madrid, Ministerio de Agricultura, Alimentación y Medio Ambiente, 2013)

Hábitos alimentarios de los españoles es un informe de investigación que toma forma de libro. Un feliz acontecimiento para quienes tenemos por obligación enseñar a nuestros estudiantes cómo investigar y un trabajo interesante por varias razones. La relevancia del conjunto de prácticas que se observa es la primera: aquellas prácticas relacionadas con el consumo alimentario llevadas a cabo por los consumidores y, en definitiva, los ciudadanos. Las decisiones y comportamientos relacionados con la alimentación pueden entenderse como una concreción del fenómeno social total de Mauss, en cuanto atraviesan el conjunto de la sociedad y nos hablan de toda la sociedad. Y es aquí donde se inserta otra de las razones que hacen interesante el objeto de investigación: son unas prácticas cuyos cambios, a pesar de que —como todos los hábitos— comparativamente pueden considerarse lentos, son profundos e indican transformaciones importantes en la sociedad en los más diversos ámbitos: relaciones laborales, tiempo de trabajo, relaciones familiares, composición de los hogares, urbanización, disponibilidad de ocio, otros consumos, etc. Detectar el cambio en estas prácticas es abrir la ventana a la observación de cambios sustanciales en la sociedad y, por ende, a las concreciones que toma la modernidad. Con la comida no se juega.

La observación en el cambio de la organización alimentaria de los españoles se sitúa como objetivo central del estudio. Desde la introducción al mismo, puede considerarse la pregunta central de la investigación: ¿comemos como comíamos o se han incorporado a nuestros hábitos prácticas que vienen observándose en otros países, con mayor camino recorrido en los procesos de modernización? Ahora bien, ¿puede darse respuesta a esa pregunta central desde una única encuesta? Difícilmente se accede a una perspectiva longitudinal desde la instantaneidad que ofrece el único momento de observación que procura la encuesta. Los autores hacen el esfuerzo, en cada capítulo, por interpretarnos los resultados del estudio desde esa perspectiva de cambio; pero una sola encuesta da lo que da.

Empezamos así por reflejar las posibilidades de la encuesta telefónica, con cuestionario estandarizado de 65 preguntas, realizada a una muestra final de 1.504 individuos, teniendo como universo los españoles mayores de 18 años. Salvo alguna falta de concordancia entre pregunta y categorías de respuesta (preguntas 11, 21), la elusión de algún término (persona en la formulación de la pregunta 14), la polisemia en alguna redacción de pregunta (pregunta 31) y la presencia de deseabilidad social en la pregunta 27 —sobre la preocupación de determinadas cuestiones relacionadas con la alimentación— y en la pregunta 39 —precisamente sobre lo que debería cambiarse en la organización alimentaria personal— el cuestionario puede considerarse correcto. Más teniendo en cuenta que la mayor parte de esos pequeños defectos son subsanables con una buena formación específica de los entrevistadores. Un cuestionario con la ambición de recoger el amplio espectro de actividades que se encuentran bajo el concepto de organización alimentaria de los ciudadanos.

Tras la introducción, los dos primeros capítulos, firmados por Cecilia Díaz e Isabel García, establecen los momentos y espacios en los que se organiza cotidianamente la alimentación. En cuanto a los momentos, y a pesar de que empiezan a observarse indicios de cierta dispersión, la relativa concentración horaria de las ingestas, especialmente la comida del mediodía, sigue siendo un rasgo diferencial de los usos de los españoles. Una estructura de momentos de la alimentación que se mantiene sobre las tres comidas —desayuno, comida y cena— aun cuando hay que subrayar que un nada despreciable 44% de los entrevistados merienda habitualmente. Teniendo en cuenta tal concentración horaria, se realiza una interesante tipología entre tempraneros, estándar y tardíos, en busca de las variables sociodemográficas que den razón de la ubicación en uno u otro de estos tipos. Por lo tanto, en busca de las dimensiones societarias subyacentes que impulsan hacia la desconcentración horaria, que es la tendencia de la mayor parte de los países occidentales económicamente desarrollados.

En cuanto a los espacios, los españoles siguen prefiriendo comer en casa y en familia. Como se apunta en la misma obra, la imagen de la comida en solitario frente al televisor es eso —una imagen— que reiteradamente niegan como comportamiento dominante las observaciones empíricas de la mayor parte de las sociedades. La comida sigue siendo una oportunidad para la sociabilidad. En los fogones, se cocina también la sociedad. En la mesa, se comen relaciones sociales. ¿Qué significa comer solo? ¿Qué significa que se extienda la experiencia de comer solo? Seguramente es un síntoma de la debilidad del tejido social. El correlato del *Bowling Alone*, de Putnam, en la mesa: *eating alone*.

Cocinar sigue siendo una tarea que principalmente realizan las mujeres, aun cuando aumente la proporción de varones que diga que sabe cocinar, especialmente entre los que tienen estudios superiores, cognitivamente socializados en la distinción entre la teoría —saber cocinar— y la práctica, en el decir mucho y hacer poco. Interesante es la cuestión sobre los criterios que se siguen a la hora de responder a la cotidiana y frecuentemente tormentosa pregunta —para quien asume la responsabilidad de cocinar— *qué preparo para mañana*. De manera mayoritaria, los entrevistados dicen guiarse principalmente por los gustos propios o de otros comensales, lo cual tiene evidente sentido práctico, y la salud, que se revela como una fuerte dimensión envolvente en el campo de la alimentación. El eje de la salud parece haber cobrado notable referencia a la hora de juzgar todo lo que se hace en la organización alimentaria.

Con la finalidad de observar qué valores de las distintas variables sociodemográficas (sexo, edad, tamaño hábitat, tipo de hogar, nivel de estudios, situación laboral) contribuyen a explicar en mayor o menor medida las variaciones en los momentos y espacios de comida, responsabilidad en la cocina y espacios de compra de la alimentación o la relevancia del precio en esa compra, se va presentando el resultado de la aplicación de distintos tipos de análisis de regresión logística. La repetición en la aplicación parece resultado de una analítica mecánica, que, a su vez, ayuda a la incorporación de la misma por parte del lector.

Siendo la alimentación fuera del hogar uno de los indicadores más destacados a la hora de describir los cambios alimentarios, se le dedica el segundo capítulo. En España, se sigue optando mayoritariamente por comer en casa y buena parte de la experiencia de comer fuera está relacionada, durante los días laborales, con la ocupación; aun cuando, como las autoras destacan, no puede dejarse a un lado el componente de placer de celebración de la sociabilidad, que suele acompañar la comida fuera del hogar, especialmente durante los fines de semana. Tal vez, por ello, quepa hablar de lenta —parada por la crisis— tendencia a comer

fuera del hogar por parte de los españoles, pues se cruzan: el arraigo de la comida en casa —y, en buena parte, en familia—, el ahorro de costes en tiempo de crisis y las modernas y urbanas presiones para comer fuera de casa.

La confianza en los alimentos es un área de análisis surgido recientemente, a la sombra oscura de las crisis alimentarias (vacas locas, pepinos), y que aquí es la materia del tercer capítulo, escrito por la profesora Amparo Novo. El análisis que se propone es que el papel que tiene la confianza en la organización alimentaria —en decisiones como la selección de lo que se compra y come— es dependiente del contexto en el que se da, entendiendo por este el sistema político de confianza. Una primera conclusión general es que los españoles son bastante confiados en el campo alimentario.

Como en los capítulos anteriores y a través de análisis de regresión logística, se establece la relación entre la preocupación por el grado de riesgo alimentario percibido y variables sociodemográficas relevantes. Pero se da un paso más, que se echa en falta en los capítulos precedentes, como es la relación con dimensiones que pueden considerarse internas a la organización alimentaria, tales como la asunción de la responsabilidad de cocinar en el hogar. La probabilidad de sentirse preocupado ante el riesgo de contaminación alimentaria es mayor entre los responsables de cocinar.

¿Qué alimentos son más confiables? Aquí se revela un eje que enfrenta alimentos «naturales» (verdura, fruta, lácteos) de mayor confianza y alimentos «artificiales» (platos preparados, dulces, pasteles) de menor confianza. Las conclusiones tienden nuevamente a la prudente descripción y la relativa clausura entre la información ofrecida por la propia encuesta. Tal vez falta relacionarlo más con el contexto de confianza, con la cultura de confianza entre los españoles. Así, se apunta pertinentemente el diferente grado de confianza en los alimentos por parte de los españoles, en comparación con otros europeos, atribuyéndolo al contexto; pero este queda como una abstracta referencia. Con la introducción de la cultura o las culturas de la confianza podría explicarse que la mayor desconfianza en los alimentos presente en las personas de más edad tiene menos que ver con el objeto —los alimentos— que con una categoría social que tiende a mostrarse diferencialmente desconfiada con todo.

El tema de la confianza tiende a generar sorprendentes e incluso paradójicos resultados en todas las áreas de la realidad social. Entre los numerosos resultados que el estudio aporta, pues da a la confianza una notable relevancia en la encuesta y el informe, se encuentra que los medios de comunicación, incluyendo internet, sean las instituciones en las que menor grado de confianza se deposita ante un riesgo alimentario. Paradójico porque, como apunta Luhmann, de todo nos enteramos a través de los medios de comunicación, incluyendo los riesgos alimentarios. Cabe interpretar el resultado como atribución a todas las instituciones, por parte de los entrevistados, de su capacidad de resolución de la hipotética crisis alimentaria o enfrentamiento a la misma; mientras que los medios de comunicación tienen otra función, como es la de transmitir los mensajes sobre tal riesgo alimentario.

El cambio en los comportamientos relacionados con la alimentación se aborda frontalmente en el cuarto capítulo. Al circunscribirse a los resultados de la encuesta realizada, se trata de los cambios percibidos por la muestra entrevistada, puesto que se omite la comparación con resultados externos a la propia encuesta. Se empieza por los hábitos de alimentación con una particular estrategia de análisis, enfocando los que dicen no llevar a cabo determinados comportamientos. Decisión estratégica que alcanza tan curiosos resultados como que hay un 2,5% de personas que nunca comen con la familia. Por sentido analítico y social, cabe esperar que, al menos, sean individuos que vivan solos. No obstante, hay que

solidarizarse con el analista de este apartado, el profesor Rodolfo Gutiérrez, y reconocer el esfuerzo para interpretar los resultados de una pregunta en la que se cuestiona por la mayor o menor frecuencia de determinados comportamientos con respecto a hace cinco años, habiéndose optado por leer la categoría de respuesta «no lo hago» como una actividad que no se hace ni ahora, ni cinco o más años antes. Una decisión que permite observar que el 90,5% de los consultados no ha comido nunca en la calle o en el coche. El cambio más intenso, según se señala, es que seis de cada diez españoles comen solos habitualmente. Sin embargo, según los resultados expuestos en la tabla 4.1, el 6% de la muestra come con menos frecuencia solo que hace cinco años y el 35% lo hace con igual frecuencia. Por lo tanto, el resultado que cabe resaltar es que hoy hay un 17% de españoles que come con más frecuencia solo que hace cinco años.

Cambio importante, por lo profundo, en el comer de los españoles es la atención que se presta a la salud. A la luz de la elevada participación en las respuestas, se es consciente de los mejores alimentos para la salud y es este criterio el principal motivo para controlar la ingesta de determinados alimentos. Asimismo, uno de cada cuatro encuestados ha seguido alguna vez una dieta, principalmente por razones de salud. La alimentación está siendo asumida por los españoles como uno de los más relevantes y accesibles dispositivos de gestión de la salud. El otro, que queda fuera de este estudio, es la práctica de deporte, por los más jóvenes, y ejercicio, por los de más edad.

Es en este apartado de los cambios donde se aprecian las repercusiones de la crisis: reducción de la frecuencia de aquellos comportamientos que conllevan mayor gasto, como comer fuera o comer con los compañeros de trabajo. La explicación de los cambios se atribuye más directamente a la relación con la ocupación y aun cuando sea de agradecer el esfuerzo de interpretación, el riesgo de caer en la sobreinterpretación es importante, cuando se carece de registros de los cambios experimentados por los sujetos con respecto a la ocupación (u otras variables). De hecho, el conjunto de la obra tiende a mostrarse relativamente prudente en este aspecto. Dentro de este flujo de cambios, con la deslocalización y desestructuración de las ingestas como sombra y el protagonismo de los mismos por parte de los jóvenes, la estabilidad de la cultura alimentaria mediterránea aparece como un valioso intangible.

El libro cumple con la función de presentar los principales resultados de la encuesta. No quedan preguntas del cuestionario sin abordar. Las tablas y los gráficos son numerosos, aun cuando un repaso previo a algunos gráficos de barras hubiera venido bien. Es un informe, con una clara apuesta descriptiva e interna a la encuesta. Un buen punto de partida. Cumple sobradamente con los relativamente modestos objetivos de la obra sobre una encuesta que, esto sí, cabe calificar de ambiciosa en cuanto se la percibe integrada en un programa de investigación.

La pregunta central de la investigación, la relativa al cambio de los hábitos alimentarios en España, queda un tanto en el aire tras terminar la lectura del libro. Queda en promesa. Una pregunta que inicialmente parece prometer un estudio longitudinal o que, al menos, utiliza la comparación de los resultados obtenidos con registros ubicados en fechas anteriores. Sin embargo, apenas se concreta empíricamente tal comparación con el pasado, por lo que cabe entender la promesa dirigida al futuro en la comparación de futuros estudios con los resultados que se presentan en el texto. Por lo tanto, habrá que esperar a futuras replications del estudio para observar los cambios que, según los autores del estudio, se apuntan en los comportamientos alimentarios de los españoles. Es en la potencial replicación donde la en-

cuesta nacional de hábitos alimentarios —denominada ENHALI-2012 a lo largo de la obra— encuentra su sentido.

La obra es un análisis de los resultados de la encuesta, entre los múltiples análisis posibles. Seguramente los propios autores —u otros investigadores, en la medida que se ponga a disposición el archivo de microdatos— encontrarán otras líneas de análisis a partir de ese mismo material empírico, cuya riqueza deja forzosamente un amplio margen por explotar. Por lo tanto, esta obra puede valorarse por lo que es —un nuevo punto de partida y, por lo tanto, un salto cualitativo en la sociología española de la alimentación— y por las preguntas que se derivan de ella, encuadrando el futuro de esta específica área de la disciplina.

Javier CALLEJO
mcallejo@poli.uned.es

Radical Sociality: On Disobedience, Violence and Belonging

Margarita Palacios

(London, Palgrave, 2013)

El contrato social basado en intercambios recíprocos es una poderosa imagen en el pensamiento moderno. Para el liberalismo clásico esta noción es un importante medio para explicar la emergencia de la sociedad, la que sería resultado del consentimiento de los sujetos hacia un orden normativo y moral que limitaría sus pasiones y marcaría la pacificación de las relaciones humanas. En última instancia, lo social sería el momento de superación de un estado de naturaleza esencialmente violento. Es bien sabido que esta formulación dicotómica nunca satisfizo a los teóricos sociales clásicos. Para autores como Max Weber, Émile Durkheim y Karl Marx, la formación y operación de lo social se encuentra inevitablemente atada a formas de exclusión y violencia. En Weber, esta ambivalencia toma la forma racionalizada del monopolio del uso legítimo de la violencia física en manos del Estado en el contexto de una sociedad secularizada; en Durkheim, es parte de las dinámicas culturales de producción de sentido y se expresa bajo la forma de la anomia, mientras en Marx posee una realidad estructural asentada en la fisura constitutiva entre trabajo y propiedad («acumulación originaria») que se repite, intensifica y actualiza bajo nuevas formas socio-históricas. Pese a ello, la literatura sociológica no ha escapado a visiones reduccionistas. Por ejemplo, cuando la violencia es comprendida dentro del restrictivo marco de la racionalidad instrumental de medios-fines; cuando se estudia como evento extraordinario que irrumpe el orden simbólico, adelgaza el compromiso moral de los sujetos y suspende la solidaridad social; o bien cuando su carácter estructural se afirma como fundamento para una crítica a la sociedad presente pero luego se suprime en la imagen futura de una sociedad poscapitalista.

El libro *Radical Sociality* (2013) de Margarita Palacios busca resituar la pregunta por la violencia en el seno de lo social y explorar el potencial de una crítica que sea capaz de pensar en un mismo nivel la «presencia inescapable del poder» y el «fracaso inevitable del poder» en la vida social (p. 168). El planteamiento central es que la violencia constituye una forma de socialidad y no la suspensión, transcendencia o ausencia de la misma. En sentido estricto,

el fundamento y la lógica de operación de la violencia no es a-social (o incluso anti-social) sino que se inscribe en las mismas dinámicas de producción de sentido que son la base para alcanzar una existencia en común con otros. Así, el libro propone ubicar la pregunta por la violencia y su crítica en el «medio» de la inevitable y «paradójica experiencia de inclusión y exclusión que acompaña a toda formación social» (p. 3). Para teorizar este espacio intermedio, el libro toma y pone en diálogo contribuciones de la teoría social (teoría clásica, sociología cultural, feminismo y poscolonialismo), la filosofía (hermenéutica y fenomenología) y el psicoanálisis (Freud y Lacan).

Más concretamente, la ambición de Palacios consiste en reconsiderar y hacer confluir tres niveles de análisis que comúnmente son considerados por separado en los análisis sociológicos más convencionales sobre la violencia:

- i) el *lugar estructural de la violencia* en todo modo de existencia que se constituye en y como «relación» con un otro, es decir, el encuentro entre identidades que no están naturalmente unidas y cuya relación requiere esfuerzo para ser sostenida;
- ii) la *historicidad de la violencia* asociada a la apertura de los procesos de generación, estabilización y transformación de significado que dan forma a las identidades políticas y sociales, así como a sus manifestaciones institucionales;
- iii) la *dimensión libidinal de la violencia* en tanto experiencia física y emocional del cuerpo propio y del otro que no es reducible a la operación del lenguaje, de la racionalidad o de intereses estratégicos.

La tesis central de Palacios es que la experiencia del conflicto y la violencia constituyen una forma de socialidad y no algo que la niega. Entonces, si asumimos la proposición de que «socialidad» y «violencia» son fenómenos co-origenarios (y por tanto rechazamos que uno sea realidad a priori, fenómeno subordinado o forma distorsionada del otro), el problema inicial que enfrentamos es de naturaleza conceptual. ¿En qué consiste la comprensión de la propia noción de socialidad y, tal como propone el libro, el intento de «radicalización» de la misma? (p. 5). Una aproximación instructiva la hallamos en Georg Simmel, cuyo trabajo, a pesar de no ser discutido en el libro, posee una intuición fundamental que Palacios parece compartir:

Al igual que el cosmos, para tener forma, [la sociedad] necesita «amor y odio», fuerzas de atracción y repulsión, la sociedad necesita un combinado de armonía y disonancia, de asociación y lucha, de simpatía y antipatía para definir su forma. Y estos binomios en modo alguno son meros pasivos sociológicos, factores negativos, que la sociedad habría de superar para poder existir; la sociedad es, efectivamente, el resultado [...] tanto de las tendencias unitarias como las disgregadoras [...] (Simmel, [1904] 2013: 19).

De acuerdo a esta formulación, lo primero que debemos descartar de plano es pensar la socialidad como equivalente a unidad, acuerdo o cohesión entre subjetividades y elementos puramente sociales. La noción de socialidad toma en serio la idea de que lo social es una *forma de relación* y, en esa medida, es un principio de co-existencia en el mundo entre entidades cualitativamente distintas y plurales. Entendida así la socialidad consistiría en una «experiencia radical», puesto que opera a la vez como un modo de proximidad y un modo de separación entre entidades que no están destinadas a tener una existencia ligada a prio-

ri. La radicalidad a la cual Palacios refiere en el título de su obra aparece condensada en la evocadora proposición que atraviesa los siete capítulos que componen el texto: «la socialidad nunca muere» (pp. 5, 168). Una manera de desempacar esta conceptualización de la socialidad es diferenciando al menos tres maneras en que su significado es formulado en el libro. En primer término, la socialidad hace referencia a un espacio de apertura a otro, una fisura constitutiva que divide uniendo y separa juntando y que, por tanto, es fuente tanto de inclusión como de exclusión (la «ambigüedad» de lo social). En segundo lugar, la noción de socialidad indica la imposibilidad de clausura del mundo social como una unidad esencial y totalidad idéntica consigo misma, así como también enuncia las perplejidades asociadas a los intentos por cubrir, cerrar o desmantelar el espacio que la socialidad deja abierto (la «incompletitud» e «indeterminación» de lo social). Y, en tercer lugar, la noción de socialidad plantea la elusividad intrínseca de las relaciones sociales en la medida que las dinámicas de inclusión/exclusión que le son propias no son nunca aprehensibles totalmente por medio de la superficie del lenguaje puramente conceptual («indecidibilidad» de lo social). Lo que es común a estas tres dimensiones del término es su clara referencia a un terreno o «espacio generativo» en el que nos constituimos como sujetos que producen sentido, aparecemos ante y actuamos con otros, y podemos convertirnos tanto en amigos como en enemigos.

El desafío que *Radical Sociality* plantea es precisamente teorizar y mantener abierto este espacio de «ambigüedad», «incompletitud» e «indecidibilidad» de la vida social. La convicción de base es que esto es lo que permite elucidar dos cosas: nuestra comprensión de la expresión histórica y contingente de la violencia, así como el potencial de desobediencia y crítica que se halla inscrito en la operación del poder. En virtud de tal propósito, la estructura del libro puede ser reconstruida en torno a tres problemáticas: i) el *problema ontológico* acerca de cómo teorizar este lugar desde el cual emerge, se hace posible y expresa la violencia (capítulos 1 y 2), ii) el *problema fenomenológico* acerca de cómo observar, comprender y explicar las manifestaciones plurales, paradójicas y vicisitudes de la violencia (capítulos 3, 4 y 5), y iii) el *problema ético-político* acerca de cómo podemos responder ante las perplejidades de la violencia y actualizar una crítica a esta (capítulos 6 y 7).

En relación al *problema ontológico*, Palacios elabora en los dos primeros capítulos la noción de «espacio vacío» (*void, blank space*) de inspiración heideggeriana, la cual describe la ruptura entre «ser» y «lenguaje» sobre la cual se asentaría lo social. La apertura de este «espacio abisal» es conceptualmente significativa, pues es la condición existencial que abre la posibilidad de simbolización y producción permanente de sentido. En definitiva, es lo que inaugura los procesos de interpretación y estabilización de significados, al tiempo que imprime en nuestra existencia la señal inequívoca de incompletitud y parcialidad de toda forma de identidad, tal como sugieren la hermenéutica de Ricoeur y el deconstruccionismo de Derrida. Esta incompletitud que caracteriza a todo proceso de formación de significado es la base para teorizar la *imposibilidad* de cierre de lo social como una unidad consistente consigo misma, así como la *posibilidad* de la desobediencia, desplazamiento y reinterpretación de los significados consolidados. Lo que interesa a Palacios, sin embargo, no es la mera dimensión lingüística de la indeterminación de los procesos sociales de significación sino cómo este aspecto se conecta con la fisicalidad del cuerpo y sus afectos. Palacios retoma aquí la formulación de Lacan de la experiencia de la «falta» para argumentar que «la apertura irreducible de la vida social» (p. 15), la imposibilidad de un cierre definitivo, se corresponde psicoanalíticamente con la «angustia» existencial del sujeto. En efecto, el sujeto constituye su identidad en la brecha entre deseo y goce, y, por lo tanto, en el intento permanente por cubrir y cerrar ideológicamente esa brecha. Esta comprensión

de la vida social como fundada sobre el espacio de una escisión, según la interpreto, permite poner en marcha la teorización de un doble movimiento: por un lado, la violencia como un modo de arreglárselas con la experiencia de la falta o fisura constitutiva y, por otro, la posibilidad de disputar la estabilización del poder y las formas de exclusión que caracterizan toda formación social. Son precisamente estos dos momentos a los que Palacios destina el resto de *Radical Sociality*.

Así, los capítulos intermedios del libro esbozan elementos para una *fenomenología de la violencia*. El argumento es que al examinar las expresiones concretas de la violencia, se evidencia que el concepto no describe un fenómeno unitario y fijo. En efecto, Palacios sugiere que la violencia no solo se manifiesta en actos de exclusión de otros —como es característico del antagonismo político, la retórica nacionalista, patriarcal y racista— sino que también se expresa en formas de relacionarse y estar junto a otros en las cuales, sin embargo, existe un déficit radical de reconocimiento —como parece ser el caso de ciertas formas contemporáneas de violencia juvenil—. Para identificar y comprender estas distintas lógicas de operación de la violencia en relación a la experiencia de la falta, Palacios propone reconsiderar las nociones psicoanalíticas de «fantasía» y «melancolía», las que son raramente consideradas por la teoría social.

El mecanismo de la fantasía consiste en la producción de una narrativa trascendental que, movilizada por una promesa de completitud, otorga coherencia y estabilidad a una identidad que en esencia es incompleta y frágil. La fantasía busca llenar y cubrir el vacío existencial por medio de la sobreproducción de significado en la cual el «otro» se «proyecta» como amenaza y se construye como objeto de odio; la exclusión violenta del otro deviene entonces en fuente de goce. Dentro de esta lógica, el otro es tanto la fuente de identidad del sujeto como la fuente que desestabiliza la identidad del sujeto —la violencia racial y la violencia política (por ejemplo, discurso anti-comunista) son casos paradigmáticos de esta dinámica—. Ahora, si asumiéramos que todas las formas de violencia siguen dicha lógica, sería difícil comprender aquellas manifestaciones en las que no hay exclusión del otro sino que la generación de una forma particular de estar-juntos, un tipo de socialidad en la que no existe «ni amor ni odio», más bien «escaso apego y una pobre identificación» (p. 120). Esto es lo que caracteriza, según Palacios, a ciertas expresiones de violencia juvenil urbana, especialmente en Latinoamérica, en cuya lógica la falta no se llena con significado (como en la «fantasía») sino que se «introyecta y expone en su vacuidad como una forma de muerte común del *self* y del otro» (p. 58). Esta lógica de la violencia estaría más bien gobernada por la «melancolía»: una aceptación de la imposibilidad de completitud (del objeto deseado).

Más allá de las diferencias, la tendencia que ambas lógicas ponen en juego es el aparente cierre (no abolición) del espacio de la socialidad, el «entre» que configura la distancia que reúne y separa *alter* y *ego*. Si ello es así, la pregunta es cómo confrontar las perplejidades de la violencia sin caer en la tentación de llenar ese espacio con fundamentaciones normativas o con absolutismos ideológicos; este es el *problema ético-político* que guía la parte final del libro (capítulos 6 y 7). La estrategia propuesta por Palacios consiste en volver la mirada al dualismo entre víctimas (pasivas) y victimarios (activos) que tiende a informar las respuestas políticas hacia la violencia y la experiencia del trauma, con el propósito de desencializar ambas posiciones. A ello apunta, en particular, la introducción de la figura de un tercero que observa: el «testigo» de la violencia, el dolor, el sufrimiento y la crueldad. El testigo no es alguien totalmente externo, neutro o inocente (es parte de la escena socio-cultural de cons-

trucción de sentido), ni tampoco una identidad fija o fácilmente delimitable (tanto víctimas como victimarios pueden asumir esa posición). De hecho, la figura del testigo no está libre de caer en las trampas de la fantasía o la melancolía, y de replicar así la lógica de la violencia que observa (al universalizar el dolor propio o invisibilizar el de otros).

El punto central, sin embargo, es la conexión teórica que Palacios busca establecer aquí entre la figura del testigo «afectado» por el dolor del otro y la experiencia de la angustia (teorizada al comienzo del libro como correlato corporal de la condición existencial del vacío) que impide representar discursivamente la violencia. La figura teórica del «testigo angustiado» es la de quien observa las perplejidades de la violencia sin «llenar el vacío con significado» (p. 154). Lo llamativo de la propuesta de Palacios es que tal posibilidad descansa en un «gesto estético» cuya operación instituye una «distancia» que muestra, revela y des-oculta los significados y hegemonías establecidas. Mi intuición es que tras la elusiva problematización de la figura del testigo se esconde el intento de Palacios por delinear algo así como una ética de la observación.

La ética de la observación que *Radical Sociality* plantea hacia el final puede ser leída como una respuesta al problema de cómo sostener una posición y orientarse en un mundo sin fondo. No obstante, en la propuesta de una ética como estética de la distancia el libro halla su propia indeterminación. Dicha ética está condenada a permanecer en estado de (im)potencia política si el ejercicio de *observación* se erige desconectado de la demanda moral de *juzgar* los traumas de violencias pasadas y presentes y, por lo tanto, del horizonte para la *acción* que inescapablemente se abre en el «medio» de un mundo ya fisurado.

REFERENCIAS

Simmel, Georg ([1904] 2013). *El conflicto: Sociología del antagonismo*. Madrid: Sequitur.

Rodrigo CORDERO
rodrigo.cordero@udp.cl

Los intelectuales nunca mueren. Una aproximación sociohistórica (1900-2000)

Josep Picó y Juan Pecourt
(Barcelona, RBA Libros, 2013)

Josep Picó ha venido y sigue siendo en el ámbito de la sociología española un auténtico «hombre tranquilo». Sin aspavientos y con laudable y callada tenacidad, ha publicado a lo largo de su dilatada carrera un buen número de valiosas obras dedicadas al Estado y la cultura del bienestar, la modernidad y sus sacudidas críticas y la historia intelectual (sin olvidar su importante presencia en su día al frente de la Institución Valenciana de Estudios e Investigación, vinculada con la cual se hallaban las impagables ediciones de la colección Alfóns

el Magnànim. Baste con recordar que se debe a la iniciativa del profesor Picó la aparición en nuestra lengua de la biografía de Max Weber escrita por su viuda, Marianne Weber).

Ya apartado de las tareas docentes en la Universidad de Valencia, Josep Picó no ha interrumpido su programa de reconstrucción crítica de la historia de las ciencias sociales que variadas estancias de investigación en Cambridge y París se ocuparon de cimentar. Autor en solitario del espléndido libro *Los años dorados de la sociología* y, posteriormente, en colaboración con Inmaculada Serra, de *La Escuela de Chicago de sociología*, publica ahora, junto con Juan Pecourt, el volumen objeto de esta reseña.

La fórmula «senior author-junior author», tan común en el mundo anglosajón y tan escasamente practicada en el hispano, propulsa aquí un feliz resultado. Los autores no especifican cómo se han repartido el trabajo pero no parecería imprudente suponer que el enfoque a largo plazo de la cuestión debatida proviene de la iniciativa de Picó mientras que las reflexiones prospectivas sobre la misma recaen fundamentalmente en Pecourt. De esta manera, la reivindicación del *tempo* histórico y el análisis de procesos de cambio, todavía en trance, relativos a los intelectuales en la sociedad mediática y global se ensamblarían armónicamente, de la mano de dos serios y complementarios profesionales.

Aunque el ensayo se centre en el siglo XX como indica su subtítulo, en realidad arranca con la aparición del pensamiento ilustrado y culmina en la actualidad. La exposición es precisa y bien documentada, suministrando un cuerpo de información útil tanto para el público interesado en el tema como para estudiantes de cursos relacionados con la historia y la sociología de la cultura. Constituye la obra, así pues, un empeño clarificador y, al mismo tiempo, un texto de referencia que no cae en la aridez del manual ni tampoco en la erudición exhaustiva de la investigación monográfica.

La interrelación intelectuales-sociedad-política se hace radicar, como es lógico, en el «affaire Dreyfus», para ir luego desgranándose, etapa a etapa, a lo largo de nombres y episodios tan relevantes como Benda, Mannheim y Gramsci; las dos guerras mundiales; los regímenes totalitarios y autoritarios; la guerra fría; la llegada de la sociedad de consumo; la normalización de la cultura popular y la entrada en la era global.

Es imposible en una simple reseña recoger sintéticamente todo lo aportado. Me limitaré por ello a señalar lo acertado de la visión de conjunto, sin olvidar tampoco que lo vasto de la empresa hace que los autores, aun cuando salen airoso del lance por lo común, no pueden, sin embargo, evitar que, aquí y allá, se produzcan lagunas y presentaciones resumidas en exceso. Ejemplo de esto último son las páginas dedicadas al recuerdo del revuelo que causó el descubrimiento de que las actividades de aquella suerte de Internacional Liberal que nació con el Congreso por la Libertad de la Cultura celebrado en Berlín en 1950 estaban financiadas por la CIA. El asunto, que afectó a figuras conocidas como Arthur Koestler y Raymond Aron —y, en España, a Tierno y Aranguren— daba sin duda para más espacio del que le es dedicado. En realidad, supone un botón de muestra de cómo en tiempos de guerra fría el debate intelectual estaba hiperideologizado y actuaban las largas sombras de las agencias de seguridad de las dos grandes superpotencias, jugándose de paso con la buena fe de unos intelectuales que no poseían, ni mucho menos, perfiles éticos idénticos. El paso de los años ha acabado afortunadamente con esas veladuras, siendo ya por fin posible un análisis que restaure la imparcialidad y erradique los maniqueísmos.

El incidente —ya lo he insinuado— alcanzó a la intelectualidad española antifranquista. Se trata de un suceso menor en la historia de la oposición al franquismo, la cual los autores recogen en su faceta cultural en un apretado epígrafe. Los trazos centrales están fielmente

recogidos, si bien, en mi opinión, el conjunto de la redacción se deja llevar por una autocontención quizá excesiva que imprime al relato un tono de crónica demasiado sobria, en la que se echa de menos mayor incisividad y capacidad de prolongación hacia el presente.

Picó y Pecourt resumen acertadamente las características de los diversos contextos de los que emanan las líneas más influyentes de la intelectualidad clásica: el franco-continental, el germánico y el anglosajón (receloso del poder el primero; comprometido con la causa nacional el segundo; centrado en la producción de expertos y *think tanks* el tercero). Además de ello, introducen en su reconstrucción el peso que la postura frente al marxismo otorga a los debates. A este respecto, las tormentosas relaciones que, a modo de encarnizadas «vidas paralelas», sostuvieron hasta el final Raymond Aron y Jean-Paul Sartre suministran un fructífero estudio de caso.

Los tres últimos capítulos del libro resultan a mi juicio especialmente atractivos. Con tono más crítico que histórico, dado que el curso de lo estudiado entra de lleno en el presente, los autores establecen una tipología de nuevos intelectuales, concebida con estimulante terminología y alto valor heurístico. Serían, en concreto, tales nuevos intelectuales, en primer lugar, «las estrellas del campus». Les seguirían «los profetas del mercado». Por fin, nos topáramos con «las celebridades activistas».

Desde el título del trabajo sabemos que, en opinión de Picó y Pecourt, «los intelectuales nunca mueren». Para demostrar que ello es así y que los intelectuales ahora simplemente se renuevan ante nuestros ojos, los autores despliegan una amena historia de acaparadores mediáticos y moldeadores de opinión (léanse, por ejemplo, Beck, Giddens o Bauman), economistas polémicos (piénsese en Bernanke, Lagarde o Krugman) y *celebrities* embarcadas en causas humanitarias (así, Bono, Barenboim o Jolie).

Todo ese fulgurante firmamento de astros globales y digitales da lugar a unas «nuevas representaciones» de la figura del intelectual que los autores resumen didácticamente en unos clarificadores cuadros. Así ponen punto final a una obra medida y bien desplegada, madura y audaz al mismo tiempo, que constituye una relevante aportación a un campo de reflexión inagotable.

José Enrique RODRÍGUEZ IBÁÑEZ
jeri@cps.ucm.es

Advances in Political Economy: Institutions, Modelling and Empirical Analysis

Norman Schofield, Gonzalo Caballero y Daniel Kselman (eds.)

(Berlin, Springer, 2013)

Si bien los orígenes de la economía política pueden rastrearse siglos atrás, la perspectiva que se maneja en esta obra encuentra su parentesco más inmediato en los trabajos seminales de científicos políticos y economistas como Downs (1957), Riker (1962), Buchanan y Tullock

(1962) y Olson (1965), que sentaron las bases de otras obras fundamentales más recientes como las de North (1990), Alt y Shepsle (1990), Persson y Tabellini (2000) o Acemoglu y Robinson (2012). De aquellas raíces brota esta disciplina que, aunque a modo orientativo podríamos considerar como «el estudio de las decisiones racionales en un contexto de instituciones políticas y económicas» (Alt y Shepsle, 1990: 2), todavía mantiene un significado abierto, donde caben la multitud de vertientes que abarca. En todo caso, cabe destacar de la Economía Política, entre otros rasgos, la multidisciplinariedad de su metodología y la amplitud de su ámbito de estudio, cruzando transversalmente y sin reparos los compartimentos en los que a menudo se autoconstruyen las Ciencias Sociales.

Advances in Political Economy, como ya hizo en su momento *Political Economy of Institutions, Democracy and Voting* (Schofield y Caballero, 2011), ofrece una muestra de esta comunicación interdisciplinar, reuniendo entre sus páginas a economistas y politólogos, y donde además se ven representados asuntos tradicionalmente más propios de la sociología o la filosofía política.

Si bien el libro alcanza un elevado nivel de complejidad técnica —entre otras cosas, por su exigente contenido matemático y estadístico—, no procede atribuirle la crítica de aislamiento teórico que a menudo se le reprocha a la academia más formal. Nada más lejos de la realidad que considerarla un compendio de modelos de aspiraciones universalistas y alejados de la experiencia. La obra está repleta de relecturas de acontecimientos históricos y recientes a la luz de los marcos teóricos que se manejan. Encontramos desde narrativas analíticas aplicadas a transiciones políticas históricas —como las ocurridas en la Antigua Grecia, la Italia medieval, la Inglaterra moderna, el México colonial, el Chile de Pinochet y el Egipto de Mubarak— a estudios aplicados acerca de problemáticas propias de la actualidad occidental —como la decisión de celebrar o no unas primarias dentro de un partido, la elección del sistema sanitario en EE.UU., los recientes recortes presupuestarios en los Estados europeos, la indisciplina fiscal de las corporaciones subcentrales españolas y fenómenos concretos de las últimas campañas electorales en EE.UU., Canadá o Turquía.

De la participación de treinta y cinco especialistas en economía política de diversa procedencia resultan dieciocho capítulos distribuidos en tres bloques temáticos: instituciones, modelización y análisis empírico. El primer bloque versa sobre la importancia de la estructura institucional para el entendimiento de cualquier hecho económico, político y social, y sobre algunos factores que impulsan las transiciones políticas o afectan al funcionamiento concreto de las instituciones. El segundo contiene trabajos acerca de la modelización de procesos políticos, tratándose, en su mayoría, de modelos espaciales sobre fenómenos electorales típicos de las democracias contemporáneas. El tercer bloque se dedica ya por entero a trabajos que ponen en marcha análisis empíricos, profundizando con métodos estadísticos en parte de los temas ya tratados e incorporando algunos nuevos al debate. A continuación se expone sucintamente el contenido de cada capítulo.

Abren el primer bloque Gonzalo Caballero y Xosé Carlos Arias, presentando los fundamentos teóricos y las principales contribuciones de la llamada *Transaction Cost Politics* (TCP). Los autores deliberan sobre el lugar que ocupa la TCP dentro del panorama del Nuevo Institucionalismo, presentando sus orígenes y las relaciones de influencia que mantiene dentro de este mapa de aproximaciones institucionales. Reflexionan sobre la utilidad de un análisis transaccional para el estudio del intercambio político y muestran su alcance aplicándolo sobre el caso concreto de las transacciones legislativas y la gobernanza en los congresos estadounidense y español.

Las amenazas de conflicto militar hacen emerger dilemas de la acción colectiva que resultan de suma riqueza para poner en marcha las llamadas narrativas analíticas. Leandro de Magalhães y Luz Marina Arias presentan respectivamente dos situaciones que ponen de relieve el papel clave de las amenazas de invasión o disturbios internos en el desencadenamiento y desarrollo de las transiciones políticas. De Magalhães repasa algunas de las fuerzas que dirigen las transiciones políticas a la democracia y aplica a los casos de la antigua Atenas y las ciudades medievales de Génova y Venecia un modelo basado en un juego de negociación que puede llevar a un gobernador absolutista a entregar poder a una asamblea de ciudadanos o a unas élites comerciales. Luz Marina Arias, por su parte, defiende su papel para la centralización fiscal y propone un marco teórico para explicar por qué la formación de un Estado fiscal-militar es más probable frente a estas amenazas. Se centra en las condiciones bajo las cuales las élites locales tienen incentivos a ceder poder al gobierno central para recaudar impuestos y revisa como evidencia histórica la importancia que tuvieron la Guerra Civil en Inglaterra y la Guerra de los Siete Años en el México colonial para el aumento de la centralización fiscal y militar en ambos países.

También las transiciones políticas son el objeto de estudio de Katja Michalak y Gerald Pech, que, basados ya en hechos más recientes, desarrollan un modelo espacial sobre un proceso constituyente en el contexto de transición política desde un gobierno autócrata hacia uno democrático. A la luz de este modelo interpretan los procesos de transición democrática llevados a cabo bajo los gobiernos de Husni Mubarak en Egipto durante la primavera árabe y de Augusto Pinochet en Chile.

Los dos capítulos siguientes se dedican al funcionamiento institucional. Evan Schnidman y Norman Schofield sugieren, apoyándose en un modelo espacial y la evidencia de las elecciones presidenciales de EE.UU. entre los años 2000 y 2008, que la competencia en el sistema electoral estadounidense no produce en los candidatos la esperada tendencia—de acuerdo a los modelos más elementales— a adoptar políticas centristas, teniendo los donantes un papel fundamental en ello. Estos han sido capaces de ejercer una suerte de fuerza centrífuga sobre las posiciones políticas de los partidos. Esta polarización política tendrá como consecuencia el llamado «embotellamiento legislativo». Por su parte, Fernando Toboso destaca en su capítulo el papel de las circunstancias económicas en la indisciplina fiscal de los gobiernos subcentrales del Estado español. Como el incumplimiento de los límites al déficit ocurre tras el desencadenamiento de la crisis financiera, concluye que el nivel de endeudamiento está más asociado a las circunstancias concretas que atraviesa la economía que a cuestiones relacionadas con la estructura federal o descentralizada del Estado.

En el capítulo de Olga Shvetsova y Katri Sieberg se presenta un modelo donde los actores deciden la forma de financiación y provisión de un bien público y muestran distintos escenarios bajo distintas reglas de decisión. Defienden que ciertas reglas de elección pueden llevar a resultados subóptimos, poniendo de manifiesto que para ciertos asuntos existen estructuras de decisión inadecuadas. A colación de los acontecimientos recientes en EE.UU., se centran en la decisión colectiva sobre el sistema público de sanidad.

El segundo bloque se abre con el trabajo de Jon Eguia, en el que revisa la utilidad de los modelos espaciales para explicar la competencia política y presenta evidencias contenidas en trabajos teóricos y empíricos que cuestionan la adecuación de algunos supuestos estándar sobre los que suelen descansar estos modelos.

Uno de los supuestos estándar que cuestiona Eguia es el de la separación de las preferencias. Precisamente, Dean Lacy y Emerson Niou relajan esta asunción en su capítulo. A

través de un modelo espacial, proponen una estrategia que puede adoptar un candidato frente a un oponente que es imbatible en el actual espacio político. Sus opciones pasan por introducir en ese espacio político nuevos asuntos sobre los cuales las preferencias de los votantes son inseparables y que pudieran otorgarle una ventaja en las elecciones.

En sus capítulos respectivos, Daniel Kselman y Gilles Serra ofrecen modos de formalizar determinados fenómenos políticos aprovechando los avances en modelización espacial. Por un lado, Kselman propone un modelo espacial para abordar la problemática del clientelismo político. Serra, por su parte, construye un modelo espacial de votación sobre la dicotomía de un partido que ha de elegir entre organizar unas primarias o una nominación directa por parte de sus élites.

Cierran el bloque de modelización Patty, Penn y Schnakenberg con un trabajo basado en técnicas del análisis de redes. Su intención es proponer una forma de estimar la influencia de los nodos dentro de una red: a través de la que llaman «calidad» latente de los vértices. En una demostración empírica, analizan la influencia de las decisiones de la Corte Suprema de los Estados Unidos, tomadas aquí como nodos, en base a la cantidad de veces que se mencionan en posteriores decisiones, lo cual constituiría su medida de calidad.

El tercer bloque, sobre análisis empírico, comienza con el estudio de Clarke, Borges, Stewart, Sanders y Whiteley. En él examinan las actitudes públicas del electorado británico hacia los recortes al gasto público propuestos por la coalición formada por el Partido Conservador y el Partido Liberal Demócrata tras su llegada al poder en el año 2010 y evalúan cómo estas actitudes afectan al apoyo de los votantes a los partidos que componen el actual Gobierno y al primer ministro David Cameron.

La siguiente contribución corre a cargo de McAlister, Jeon y Schofield, en la que presentan una serie de métodos para analizar las posiciones políticas que adoptan los partidos, pero esta vez en un modelo de voto estocástico —en el que la elección del individuo seguiría una distribución de probabilidad— en electorados donde no todos los votantes escogen dentro del mismo conjunto de partidos. Aplican sus propuestas al caso de las elecciones canadienses del año 2004, que se ajusta a este enunciado al contar con el *Bloc Québécois*, que solo se presenta en la región de Quebec.

A continuación, Schofield y Demirkaya profundizan en las características que explican la localización de un votante a lo largo del espectro ideológico izquierda-derecha. Los asuntos económicos y sociales que definen los espacios políticos en las democracias industriales avanzadas con frecuencia no son suficientes para describir las políticas electorales en otros contextos políticos. En este capítulo aplican un modelo espacial a las elecciones de Turquía del año 2007, y ponen de manifiesto que la religión y el nacionalismo son las principales dimensiones que caracterizan la posición ideológica de los votantes turcos, más que sus posturas sobre políticas sociales y económicas.

Cierran este bloque y el libro tres artículos sobre limitaciones del modelo clásico apoyados sobre una base empírica. Así, Adams, Brunell, Grofman y Merrill cuestionan la intuición clásica de que la competición política lleve a los partidos necesariamente a adoptar posiciones más próximas al votante situado en la mediana. En su estudio encuentran que en los distritos más competitivos la distancia ideológica entre los candidatos de los partidos Demócrata y Republicano de EE.UU. es tanto o más amplia que en el resto de distritos. Calvo, Hellwig y Chang, en el penúltimo capítulo, cuestionan la exactitud de la percepción que los votantes tienen de los candidatos en las elecciones; parten de la base de que los votantes observan la imagen de un partido localizado en el espacio ideológico más que la localización real del

partido. Inspirándose en modelos sobre lentes del campo de la óptica, presentan un modelo espacial heterocedástico que permite incorporar este sesgo y lo aplican empíricamente en el contexto de las elecciones presidenciales de Estados Unidos de 1992, 1996 y 2008. Y en el capítulo final, Arturas Rozenas revisa la literatura sobre la ambigüedad ideológica de los candidatos y partidos políticos y propone una modelización estadística para inferirla a partir de datos de encuestas.

En resumen, esta obra colectiva, haciendo honor a su título, se sitúa en la frontera del conocimiento académico en economía política, dando cuenta de los recientes avances en el estudio del cambio y el funcionamiento institucional, y prestando una especial y necesaria atención a los procesos electorales. No obstante todo lo anterior, y aunque queda implícita de alguna manera en la propia estructura del libro, el lector sí podría echar en falta una reflexión por parte de los editores donde se ofreciese una visión integradora de todos los capítulos y se ubicase cada uno de ellos dentro de un corpus común. Si bien en ausencia de aquella reflexión la obra no pierde ni un ápice de su sentido, sí ayudaría al lector a comprender mejor la coherencia de la narrativa que subyace y a configurar un mapa mental con las aportaciones que la componen.

Más allá de esta valiosa contribución, la economía política resulta tan pertinente como útil para abordar la problemática que nos ha tocado en suerte enfrentar en nuestro período histórico. Pertinente, dada la insuficiencia manifiesta de los patrones clásicos para reconocer, tratar y proponer soluciones a nuevos y viejos dilemas en torno a la globalización, el sistema financiero, la soberanía del Estado-nación, la multiculturalidad o la fundamentación y la viabilidad del Estado de bienestar; y útil, por la necesidad de configurar activamente un nuevo imaginario político, económico y social desde el que interpretar los procesos históricos y tomar en consecuencia las decisiones que guíen razonablemente nuestros pasos hacia el futuro.

REFERENCIAS

- Acemoglu, Daron y Robinson, James A. (2012). *Why Nations Fail: The Origins of Power, Prosperity and Poverty*. New York: Crown Business.
- Alt, James E. y Shepsle, Kenneth A. (eds.) (1990). *Perspectives on Positive Political Economy*. New York: Cambridge University Press.
- Buchanan, James M. y Tullock, Gordon (1962). *The Calculus of Consent: Logical Foundations of Constitutional Democracy*. Ann Arbor: University of Michigan Press.
- Downs, Anthony (1957). *An Economic Theory of Democracy*. New York: Harper Collins.
- North, Douglass C. (1990). *Institutions, Institutional Change, and Economic Performance*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Olson, Mancur (1965). *The Logic of Collective Action*. Cambridge: Harvard University Press.
- Persson, Torsten y Tabellini, Guido (2000). *Political Economics: Explaining Economic Policy*. Cambridge: MIT Press.
- Riker, William H. (1962). *The Theory of Political Coalitions*. New Haven: Yale University Press.
- Schofield, Norman y Caballero, Gonzalo (eds.) (2011). *Political Economy of Institutions, Democracy and Voting*. Berlin: Springer.

David SOTO-OÑATE
davidsoto@uvigo.es

